

En torno a un importante trabajo sobre Helena

Los puntos de contacto existentes entre Arqueología y Mitología han constituido siempre una base firme para trabajos de investigación. Desde la época de C. Robert ha sido éste un camino seguido por innumerables tratadistas. Pero la verdad es que los principios sentados en su «*Bild und Lied*» no siempre han hallado el eco merecido. Incluso se ha llegado a impugnar la legitimidad del método. Que los mitólogos hayan olvidado, empero, las enseñanzas de C. Robert, no puede hoy en día afirmarse, y una prueba patente de que se siente la necesidad del estudio paralelo del Arte y la Literatura mitológica lo ha dado el autor de la ponencia sobre Mitología en el primer Congreso de la Federación de Sociedades de Estudios Clásicos ¹. Y no faltan precedentes de esta vuelta a la utilización del material arqueológico en nuestra propia época. Buena muestra de ello puede ser el magnífico libro de Séchan ², en el campo de la Literatura, por no citar los loables intentos de un Webster por señalar los lazos que unen arte y literatura en cada época de la historia de la Cultura griega ³.

¹ CHAPOUTHIER, *Actes du I Congrès de la Fédération internationale des Associations d'Etudes classiques*, Paris, 1951, 259 y sgtes.

² *Etudes sur la tragédie*, Paris, 1926.

³ *Greek art and Literature*, 1939; *Art and Literature in fourth century Athens*, 1956. Naturalmente, las intenciones de WEBSTER son muy diferentes

Los frutos que puede aportar el estudio de la mitología ilustrando cada una de las fases de un mitologema con las representaciones cerámicas nos lo acaba de dar LILLY B. GHALI-KAIL en su reciente libro sobre «*Les enlèvements et le retour d'Hélène dans les textes et les documents figurés*»¹. Se trata de una obra realmente valiosa, que representa varios años de trabajo dedicados a recoger y catalogar las principales representaciones cerámicas —por no decir todas— que se ocupan del tema amplísimo de la figura de Helena. Pero, al mismo tiempo, el libro de Ghali-Kahil es un claro ejemplo de las limitaciones que el método comporta. Si, por un lado, el arqueólogo agradece el estudio paralelo de textos y representaciones figuradas, el estudioso interesado en la historia del espíritu echa de menos la consideración de la «dinámica» que preside la evolución y amplificación del mito.

El enfoque inicial del tema comporta ya, evidentemente, una limitación, de la que la autora es enteramente consciente. Ya desde las primeras páginas nos confiesa que, aún siendo algo importante, ha tenido que renunciar al estudio del origen del mito y su significación filosófica. Sin duda podemos conceder a la autora que es legítimo su enfoque inicial, así como su intención de limitarse esencialmente al desarrollo artístico y literario que el mito, una vez formado, ha sufrido (cf. p. 9). Pero ya no podemos ser tan indulgentes cuando, después de haber reconocido que cada época ha adaptado el fondo mitológico a sus concepciones propias, renuncia a darnos pruebas de esta afirmación, pruebas que el libro no puede aportar, pues se ha renunciado ya, desde el primer momento, a un enfoque que permitiera tal demostración. La razón se halla inmediatamente cuando se echa una ojeada a la estructura del libro. Y, en

de las de ROBERT y sus seguidores, pero es un bonito ejemplo de un estudio paralelo del arte y la literatura. Webster se propone esencialmente poner de relieve los rasgos de una misma época comunes a las representaciones pictóricas y esculturales por un lado y las letras por otro. En un sentido cfr., HAMPE, *Die Gleichnisse Homers und die Bildkunts seiner* 0.

is, Boccard, 1955, 2 volúmenes, de los cuales el segundo son todo

efecto, estudiar el mito de Helena siguiendo la temática que ha predominado sobre la misma, y no de acuerdo con la evolución natural del mitologema, impide comprender las fuerzas que han modificado su esencia. La autora ha pagado tributo al libro de Becker ⁵ enfocado en este sentido, y que, en el estudio de lo literario, constituye la base de una gran parte del trabajo de Ghali-Kahil.

La autora es antes que nada y esencialmente arqueólogo, no filólogo, y ello explica que algunas de sus afirmaciones puedan someterse a caución.

En el estudio que la autora dedica a Homero hay puntos realmente valiosos. Pero, a veces, desearíamos una mayor profundización en los problemas planteados. Es cierto que, en lo que concierne a la forma primitiva del tema, «se puede suponer un raptó primitivo acompañado de robo» (p. 15). Pero Ghali-Kahil renuncia aquí a intentar una solución entre las dos actitudes contrapuestas que se han avanzado. Mientras Wiedemann ⁶ coloca a Helena en un primer plano, Bethe ⁷ considera que, en el raptó inicial, el acento recaía en las riquezas. Que en la épica más antigua temas de raptos de mujeres debieron ser frecuentes, como es el caso de Briseida y Criseida ⁸, es algo que está fuera de duda. Pero se puede creer, como hemos apuntado recientemente ⁹, que la mujer en un principio formaba parte integrante del botín robado, como puede deducirse por la fórmula *κτῆματα γυναῖκα τε*, y sus usos en Homero.

Esta falta de profundización en las cuestiones aparece de nuevo en la parte donde la autora discute el problema del conocimiento por Homero del Juicio de Paris. Con razón se acepta aquí (p. 16 s.), la tesis de K. Reinhardt ¹⁰, y se rechaza la actitud extrema de un Kerényi ¹¹ que ve en la Némesis de ...

⁵ *Helena. Ihr Wesen und ihre Wandlungen in klass. Altertum*, Leipzig-Strassburg-Zürich, 1939.

⁶ *Herodots zweites Buch*, 491.

⁷ *Homer*, III, 106.

⁸ Cf. P.VON DEL MÜHLL, *Kritisches Hypomnema zur Ilias*, Basel, 1952, 15.

⁹ «Helmántica», 1955, 190, 1.

¹⁰ *Das Parisurteil*, 9.

¹¹ *Die Geburt der Helena*, 1945, 26.

156 la misma persona que reaparecerá en los Poemas Cíclicos. Pero se echa de menos un intento de solución de estos problemas; sobre todo, desearíamos saber qué piensa la autora de la existencia de un poema sobre este tema. Personalmente no creemos en ello, y acaso la solución más lógica sea la apuntada por V. del Muehl ¹².

Sobre la partida voluntaria de Helena hacia Troya (p. 20 s.) cfr. nuestros argumentos, que añaden más peso en favor de la tesis defendida por Ghali-Kahil ¹³.

En cambio no podemos aceptar los puntos de vista defendidos en p. 22 s. La autora se esfuerza por hacer plausible la idea de que los Troyanos jamás han acusado a Helena. Ahora bien: esta tesis está en íntima contradicción con pasajes de la misma Iliada: en el lamento que Helena pronuncia por la muerte de Héctor ¹⁴ hay alusiones claras a reproches de personajes troyanos hechos a Helena. También Becker —de quien depende Ghali-Kahil aquí— ha negado las acusaciones troyanas a Helena ¹⁵. Es asimismo inexacto sostener, como hace la autora, que Héctor no haya considerado a Helena como culpable de su fuga. La afirmación procede de las palabras de la propia Helena en Ω 767:

ἀλλ' οὐκ ἔγωγε σεῦ ἄκουσα κακὸν ἔπος οὐδ' ἀσύφηλον,

pero olvida otros pasajes, y muy significativos, donde Héctor hace a Helena responsable de las calamidades que agobian a Troya (cfr. Γ 50 s.). El rasgo de Héctor, abstenerse de acusar a Helena cara a cara, es uno de los muchos indicios de que Homero siente una predilección especial por esta figura, dotándola, aquí, de este tacto y esta consideración exquisitas que le caracterizan. Pero no es menos cierto que ha visto claramente su culpabilidad.

Las páginas consagradas al Ciclo épico son concisas y exactas. Sobre el tema de la Διὸς βουλή como pre-homérico, cf. aho-

¹² *Kritisches Hypomnema*, 2.

¹³ «Helmántica», 1955, 190.

¹⁴ Ω 765 s.

¹⁵ *Helena*, 12; pero cf. nuestros argumentos en contra, «Helmántica», 1955, 193.

ra Kullmann, *Philologus*, 1955, 167. Señala con razón la autora los dos planos que dominan la acción: el divino y el humano. Añadiremos por nuestra parte que los dos están íntimamente relacionados a través de la «manzana de la discordia», ligada al tema del juicio de Paris; el fr., 4 Bethe de los Cantos Ciprios debe interpretarse como la preparación de Afrodita para asistir al juicio.

El estudio de Estesícoro se resiente, como el de Hesíodo, del plan que ha dado al libro la autora. Plan que divide la materia según los temas predominantes en el tratamiento de Helena: predominio del tema de la responsabilidad divina, del de la belleza, reivindicación de Helena, etc. Y como Estesícoro ha tratado el tema de Helena bajo dos aspectos opuestos, es estudiado en dos capítulos diferentes, separados por más de doscientas cincuenta páginas. Con ello, naturalmente, se hace imposible analizar las razones históricas e ideológicas del diverso tratamiento del mito ¹⁶. Señalemos de paso que no podemos estar de acuerdo con la autora cuando considera que el epíteto *τριγάμος* del fr. 17 Diehl (*Anth. Lyr. II*, 45) debe entenderse aplicado a Helena ¹⁷.

En las páginas consagradas a la Tragedia (p. 123-142) la autora ha repartido el estudio en varias partes, según el enfoque con que es tratada Helena, de modo que Eurípides ha tenido que ser estudiado en dos ocasiones diversas. Es cierto que Ghali-Khail intenta, a cada paso, señalar las fuerzas que determinan la transformación del mito: pero sus observaciones sólo pueden ser añadidos mecánicos, no verdades que aparezcan a la luz en el curso del estudio. Por ejemplo: es verdad que en la época en que aparece y se desarrolla la tragedia «los poetas adaptan a la mentalidad de los espectadores... los diversos caracteres» (p. 123). Pero el verdadero problema no reside en esta simple constatación, sino en el análisis de por qué precisamente es vista Helena en cada época con ojos distintos ¹⁸.

¹⁶ Hemos abordado la cuestión en nuestro trabajo *La Helena y la Palinodia de Estesícoro*, «Est. clás.», 1957, 157 s.

¹⁷ Cfr., nuestro trabajo citado en nota anterior, p. 163 s., donde demostramos que debe aplicarse a Timandra.

¹⁸ Cf. nuestro art. en «Helmantica», 1957, 374 s.

Así, el tema de Clitemnestra y Orestes no es todavía una tragedia en la época de Píndaro ¹⁹, pero sí en Esquilo. Píndaro es contemporáneo del ateniense, pero mientras el primero vive inmerso en una tradición aristocrática, conservadora, el segundo refleja el mundo lleno de contradicciones de la época inicial de la democracia ²⁰. Estas observaciones pueden explicar por qué Esquilo es el primer poeta que ha planteado trágicamente el problema de la culpabilidad de Helena.

Las páginas dedicadas a Eurípides pecan de lo que podríamos llamar excesiva generalidad. Atribuye a este trágico rasgos que propiamente hablando son característicos de toda la Tragedia. Por ejemplo, cuando afirma (p. 129), que Eurípides toma de la leyenda el tema, pero crea los caracteres, no hace otra cosa sino definir el modo con que todo poeta se enfrenta con el mito, aunque realmente Eurípides es el que más libertades se ha permitido en este aspecto. No tantas, sin embargo, como Aristófanes le echaba en cara, y en muchas de ellas —presentar, por ejemplo, a un rey en harapos, como hacía en el *Télefo*— Esquilo y Sófocles le han precedido.

Tampoco creemos que sea exacto afirmar que en Eurípides, y sólo en él, los personajes crean su propio destino. Nos hallamos aquí ante una de las muchas fórmulas tradicionales que se aplican a la Tragedia: la que sostiene que sólo en Eurípides los personajes luchan contra sus propias pasiones, mientras que en Esquilo y Sófocles es el Destino inexorable la raíz y fuente de lo trágico. Sin duda se está hoy en día de vuelta de esta consideración, heredera de la época romántica. Ya Pohlenz ²¹ ha llamado la atención sobre lo falso de una postura que intenta interpretar la tragedia griega como «*Schicksalstragödie*». Recientemente ha vuelto sobre lo mismo ²². Añadamos que las

¹⁹ *Píndaro*, Pit. XI y nuestro trabajo, en prensa en «*Emerita*». *Observaciones sobre la figura de Clitemnestra*; cf. asimismo DÜRING, «*Eranos*», 1943, 123 s.

²⁰ Véase Bogner, *Der tragische Gegensatz*, 1947 y Finley, *Pindar and Aeschylus*, 1955.

²¹ *Der hellenische Mensch*, s. a. (1947), 26.

²² *Griechische Freiheit*, 1955, 56.

hermosas páginas que Egermann ha consagrado a Sófocles ²³ a pesar de que su tesis es revolucionaria y ha sido atacada por muchos críticos, puede defenderse íntegramente en este punto: el hombre sofócleo crea su propio destino.

Es asimismo exagerado afirmar que «Eurípides no ha amado a las mujeres». Pero no queremos insistir aquí en una tesis que nosotros hemos defendido desde estas mismas páginas, demostrando, por el contrario, el enorme interés euripídeo por el alma femenina, interés que no puede surgir sino de una profunda simpatía hacia la mujer. Por lo menos, la autora reconoce (p. 129) que «la debilidad de la mujer le atraía», juicio que en parte se complementa con la afirmación de Croiset ²⁴ de que, en el fondo, en los ataques euripídeos a la mujer hay «más tristeza que malignidad».

Son éstos, puntos que, naturalmente, poco tienen que ver con el problema de la figura de Helena. Pero delatan un tanto de ligereza en el tratamiento de las fuentes literarias y nos confirman en la sospecha de que la autora está más familiarizada con el aspecto arqueológico que con el literario de las cuestiones que la ocupan.

En el capítulo dedicado a Sófocles se echa de menos la consideración de los fragmentos de «Las Laconias» ²⁵, importantes para señalar hasta qué punto el trágico de Colono sigue la versión homérica. En su estudio de la Ἑλένης ἀπαίτησις la autora se ha dejado llevar por un juicio precipitado. La identificación de esta tragedia con los «Antenoridas» sólo puede defenderse si se demuestra antes que el coro de la primera tragedia estaba formado por los hijos de Anténor. Pero precisamente en pleno siglo XIX Welcker ²⁶ ha señalado una serie de pormenores que permiten sospechar que el coro estaba formado por un grupo de Frigios. El argumento es decisivo para sostener que se trata de dos obras distintas.

²³ *Vom attischen Menschenbild*, 1952 y «*Arete und trag. Bewusstheit bei Sophocles und Herodot*», en «*Aus dem Bildungsput der Antike*», 1958, 1 s.

²⁴ *Histoire de la Litt. grecque*, III, 343.

²⁵ Cf. PEARSON, II, 34; WELCKER, *Griech, Trag.* I, 141; SECHAM, *Etudes*, 156 s.

²⁶ *Gr., Trag.* II, 119.

El apartado donde se estudia «*La rehabilitación de Helena*» contiene bonitas páginas sobre la Palinodia de Estesícoro y sobre Heródoto. El capítulo consagrado a Estesícoro ²⁷ delata cierta incertidumbre por parte de la autora. Con razón (pág. 285), cree, en contra del escepticismo de un Grégoire, en la existencia de un poema independiente, pero más adelante (pág. 289) permanece indecisa sobre esta independencia.

Que la rehabilitación de Helena ha salido de círculos espartanos se puede demostrar con otros argumentos, aparte los aducidos por Premerstein ²⁸. Pero además, se puede, y se debe, explicar el origen de esta rehabilitación acudiendo al espíritu reinante entonces en Grecia. Pero está visto que las explicaciones históricas-culturales no son del gusto de Ghail-Khail. Y así no se dice una sola palabra sobre el papel que la mentalidad aristocrática del siglo VII-VI ha jugado en esta defensa de Helena ²⁹.

Aspecto importante de la «rehabilitación de Helena» es el pasaje que le dedica Heródoto. La autora prescinde de las noticias que Hecateo nos proporciona, y en ello no le falta toda la razón, pues poco es lo que de Hecateo conservamos, aunque algunos autores posteriores han utilizado la obra del gran milesio, como Estrabón, cuyo texto XVII, 600, sigue de cerca al precursor de Heródoto ³⁰. En el problema de las fuentes de Heródoto, Ghali-Kahil rechaza, a juicio nuestro acertadamente, la tesis de algunos críticos (entre ellos Pohlenz y Wiedemann) que han defendido que Heródoto conoció la versión estesicórea. Teniendo en cuenta el método utilizado por el historiador de Halicarnaso en el empleo de sus fuentes (explícitamente definido en VII, 152), esto es, señalar, siempre que las conoce, las variantes de una leyenda, la conclusión lógica y acertada es

²⁷ Cf. ahora nuestro trabajo citado, de «Est. clás.», IV, 1957-58, 157 s.

²⁸ Philologus, 1896; 634 s.; cfr. BOWRA, *Greek Lyrik Poetry*, 1936, 80; WILAMOWITZ, *Gr. Trag.* III, 278 s.

²⁹ Cf. DEFRADAS, *Les thèmes de la propagande delphique*, 1954, 118 s. y el citado art. de «Est. clás.», 1957-58.

³⁰ Cf. DIELS, «*Herodot und Hekataios*», *Hermes*, 22-1887, 411 s.

que el tema de Palinodia es desconocido por Heródoto, ya que no lo cita.

En todo caso resulta altamente sintomático que dos autores, independientemente, hayan coincidido en intentar una defensa de la culpabilidad de Helena, oponiéndose a la versión llamémosla «canónica», esto es, la que leemos en Homero. Nuestra tesis, si tuviéramos que formularla, sería que la explicación debe residir, por un lado, en los lazos que unen a Heródoto y a Estesícoro con Delfos ³¹, por otro en el movimiento antihomérico que informa gran parte del período arcaico ³². Que Heródoto es un autor, estilísticamente por lo menos, perteneciente a la época arcaica, cfr., van Otterlo, *Beschouwingen over het archaisch Element in den Stijl van Aischylus*, 1937. Desde el punto de vista ideológico, hay asimismo en el historiador elementos que lo enlazan con el período arcaico: así la concepción de la divinidad como un ser vengativo y cruel ³³.

La versión euripídea de Helena en la tragedia del mismo nombre es considerada como una combinación de Estesícoro y Heródoto. Interesantes son asimismo sus intentos por rebajar el carácter cómico y paródico que algunos autores han visto en este drama ³⁴. En una obra de intención pacifista, como casi todos los intérpretes ven en la Helena, poco apropiada resulta la parodia. Porque toda la tragedia está dominada por una intención: demostrar la inutilidad de la guerra de Troya (léase, la guerra que asolaba a Grecia en el momento de escribirse el drama). Lo que creemos exagerado es afirmar, como hace Galikahil, p. 300 s., que el carácter pacifista de la obra le haya con-graciado con Helena, antes tan atacada por el propio Eurípides. Creemos que hay razones de otra índole, que no podemos aquí desarrollar.

³¹ Para Heródoto véase Defradas, op. cit., 209 s.; para Estesícoro nuestro trabajo, «Est. clás.», 1957-58, 171.

³² Sobre el problema, FRAENKEL, *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums*, 1951, 6.

³³ Cfr., el capítulo del mismo libro de DEICHGRAEBER, *Des listensinnende Trug des Gottes*, 1954.

³⁴ A la bibliografía sobre esta cuestión añadía KUIPER, «Mnemosyne», 1926, 175 s.

El libro contiene otros puntos no menos interesantes, como el tratamiento de Helena en la época helenística, y un pequeño apéndice sobre los orígenes del mito. Pasamos por alto estas cuestiones no sin indicar que la conexión etimológica entre Helena y Selene no sólo es «indemostrable» (p. 323, n. 2), sino a todas luces errónea (se esperaría en este caso Ἑλίγη).

El segundo volumen del libro es una exhaustiva colección de todas las representaciones cerámicas relativas al mito de Helena ³⁵. No negaremos que algunas de sus afirmaciones —(como la misma autora reconoce, cfr., p. 51)— a veces despiertan nuestras sospechas. Por ejemplo la representación del ánfora del Museo de Munich 1383 —lámina I— puede muy bien interpretarse a juicio nuestro como la conducción de Briseida (cfr., Iliada, A, 317 s.). Pero en general la identificación es exacta. Señalemos el interés especial por indicar, en cada período, las diferencias en lo que se refiere el «ethos» de la composición artística. Por ejemplo, pone de relieve, con gran finura, cómo las representaciones del estilo libre se caracterizan, frente al estilo severo, por la falta de indecisión en Helena en el momento del rapto.

JOSE ALSINA-CLOTA.

³⁵ En algunos casos publicados por vez primera, como el huevo de la col. Guennol, hoy en el Metropolitano de Nueva York, y correspondiente a la lámina V, 1, 2, 3, 4.